

# El Eco de Cartagena

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

SEGUNDA EPOCA

## Alrededor de la Nota

No hay que darle vueltas al pendero; todas las consideraciones que la prensa de distintos matizos viene haciendo a propósito de la Nota dirigida por nuestro Gobierno a Alemania, se reducen en la siguiente: ¿Es lícito o no es lícito el contrabando de guerra por barcos españoles?

Porque si se acepta, como hay que aceptar que no lo es, tanto monta que el contrabando se haga trayendo mercancías con destino a España para transportarlas por nuestros ferrocarriles a Francia, como llevarlo a Francia directamente.

Esta es la cuestión; esto es lo que ha prohibido Inglaterra que se haga por medio de Holanda para Alemania y lo que con justa reciprocidad, se opondrá Alemania a que haga por medio de España para Francia.

¿Hay quien tenga el atrevimiento de decir que el algodón que se trae de América a España, es precisamente para el consumo nacional, cuando es público y notorio que cuantas telas fabrilas catalanas se tiene contratadas en Francia y las pocas que en el país se venden, es a triple precio del ordinario?

¿Hay quien tenga el atrevimiento de decir que el trigo que se trae de la Argentina es para el consumo nacional y no para suplir el drapaj que se hace del algodón en las fronteras francesa, portuguesa y de Gibraltar?

Pues, mientras los términos de verdad no se aclaran, no habrá cuestión de honor ni de interés que defender en ningún torpedeamiento: habrá que esperar y sufrir con justicia.

Los aliadistas hacen signos negativos y la verdad y la justicia y la Nación que en ellas se inspira afirma.

## El Sabotage

¿Qué es el sabotage? Una cosa parecida al *boykot* y como éste una palabra extranjera de significación vengadora, con la agravante de ser puesto en práctica con la más refinada malicia.

En la forma esto es el *sabotage*, en el fondo voy a explicarlo según lo siento.

El patrono que tenga la desgracia de ser *saboteado* por sus obreros puede decir que tiene encima el castigo más terrible que se puede imponer en contra de su oja de caudales.

Consiste el *sabotage* en perjudicar en cuanto se pueda los intereses del patrono que, a juicio de los obreros, no se produce bien con éstos o se niega a conceder cualquier patoñón formulada con más o menos justificación.

Eseguita, si es minero el obrero tendrá muy en cuenta no desperdiciar ocasión para emplear tal medida, verbigracia, donde necesite gastar un cartucho de dinamita gastará dos, si un barrero necesita tener tres palmas de hondura lo cargará con dos y medio poniéndole la carga insuficiente para que no explote y tenerlo que descargar o bien hacer otro, con lo cual pierde la carga primera y el tiempo empleado en la desoarga o en hacer el nuevo barrero. Si es un mecánico le será muy fácil tener un mecanismo de rotación escaso de grasa o sin ninguna, con lo cual se resientará y rayará y habrá que reemplazarlo con otro y quizá emplear tiempo y útiles en corregir el deterioro causado; esto si no hay que proceder a desmontar el aparato y llevar aquél órgano a un taller donde lo arreglen en buenas condiciones para su buen funcionamiento. Si es un aparato eléctrico qué fácil es hacer una falsa maniobra y quemar una bobina o todo un inducido o inductor en fin, en la mecánica es donde más campo abierto hay para el empleo del *sabotage*.

Y a todo esto el patrono dentro de su buena fe, no conociendo el tal procedimiento, se resignará con todo y pagará religiosamente, creyéndolo todo esos fortuitos.

Tendría mucho que decir respecto al *sabotage* pero me abstengo por que no cabría en el limitado espacio conocido en un periódico para este asunto y, además, que para muestra...

Nosotros los socialistas católicos, como no pensamos en poner en práctica tales inmundicias, abominamos de ellas, y, solamente las damos a conocer con el objeto de que las aborrezcan como se aborrece todo lo que es nocivo y pernicioso a la salud del cuerpo y del alma.

Nosotros no queremos nada solapadamente ni con hipocresía, obramos siempre dentro de la moral cristiana y de la más estricta justicia.

Dejemos el *sabotage* y el *boykot* para los socialistas. Nosotros únicamente emplearemos la acción directa, pero de distinta índole que ellos le aconsejan.

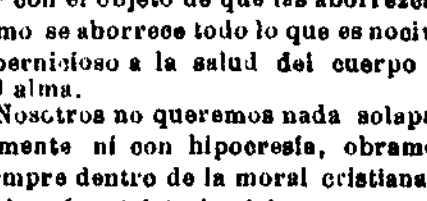
La nuestra irá directamente al objetivo de nuestras aspiraciones; a la realización de nuestros fines; pero siempre razonando y justificando plenamente, dentro de las normas católicas, nuestro proceder.

En otro artículo daremos a conocer esto.

Gil Valero.

Del Sindicato Católico de La Unión.

### La renombrada lampara



tiene en venta:  
Juan Soler e hijo, Atre. 32  
CARTAGENA

## PELÍCULAS

¿Qué ves? le preguntó el ángel.

Una tierra espléndida, de hermosa vegetación. Fértil, como los polvorinos vergales de la Arabia; bella, como las azucenas y purpúreas rosas de Alejandría...; un cielo tan sereno y tan cristalino como los dulces remansos del Jordán.

Descendamos, ángel, y poseamos nuestras plantas en esa mansión florida que vemos desde aquí.

Y el Justo, llevado por la mano del ángel, tendió su veste luminosa y avanzó hacia aquella tierra espléndida, en cuyos alegres campos fulguraba un sol tan puro y tan ardoroso como el que envuelve con sus abrasadores rayos las caravanas del desierto.

El astro rey iba declinando lentamente hacia el ocaso.

Tocaron en una alta y majestuosa colina.

Desde allí contemplaron absortos el inmenso panorama que a su vista ofrecíase. Bosques dilatados, valles polvorinos, cual vistosos tapices bordados por la mano artista del genio providente; esbeltas cordilleras, cuyos picos cubiertos de nieve parecían elegantes damas señoriales luciendo blancas mantillas españolas.

La Naturaleza con sus múltiples encantos...; la plancia inmensa con su feraz vegetación...; las altivas cumbres con sus puntas bravías, aún nevadas, tocando el azul del cielo...; los mares con su eterna canción, unas veces de gritos silvajes, y otras de murmullos acariciadores, blandos y dulcísimos como concierto de brisas en una noche estival... Las laderas montañosas bordadas de flores milis, que dan la sensación de castizas mujeres anteluzas envueltas en ricos pañolones de Manila...

Todo era bello, todo respiraba dulce paz y un encanto ineffable...

¿Suspira? volvió a interrogar el ángel.

¡Sí, ángel mío! respondió el Justo lleno de pesadumbre y coraje.

Mira, mira, le dije señalando a lo lejos negros penachos de humo, que en las altas posturas llamaradas del sol.

Como arde la ciudad cosmopolita, cuyos son aquellos negros penachos así arden en odio los pechos de los hombres... Ovidan que son hermanos, y ciegos de coraje y de rabia infernal, se acometen y despedazan como lobos carnívoros, volviendo otra vez a machacar con sangre la tierra.

¿Qué contraste!... Todos los seres cumpliendo su misión, realizando sus leyes, obedeciendo a su Creador. Y el hombre, el rey de la Creación, rompiendo esa armonía universal con la guerra maldita.

Ingratos, ingratos! Ni oyen la voz paternal, ni el grito de la conciencia alada, ni la voz angustada del derecho.

Han sembrado de luto los hogares, los pueblos de misas, los espacios de maldiciones... de dolor luminoso el afligido corazón de Europa.

¿Qué quieren más? ¿Aún no es bastante la sangre derramada? ¡Cain, Cain infame, sombra tenebrosa y cruel, yo te maldigo!

Errante y fugitivo expiará tu negro crimen... La sangre de Abel clamará venganza eternamente...

Y el Justo inclinó la cabeza sobre el pecho.

Anochecía...

Como un ejército de fantasmas lúgubres surgieron en torno de la colina las sombras.

A lo lejos relumbraban sinlestras las llamas que envolvían la ciudad. Continuaba la horrible lucha fratricida.

La muerte, dando careadas diabólicas, danzaba sobre los escombros y los ruinosos muros...

El Justo volvió a suspirar...

Y el ángel velaba con sus alas aquella hermosa frente dolorida.

M. RAMOS LUQUE

PRIMERA COMUNION  
**J. O. S. A. U.**  
FOTOGRAFO  
Preciosos saldrán sus niños retratándolos en esta acreditada casa.  
Un artístico retrato y tres magníficas postales 5 Ptas.  
Ocasión. n. 3. (antes Cañón)

## LA SONRISA DEL CONDE

por J. Rodríguez de la Peña

El último Consejo de ministro celebrado en Madrid nos había llenado de inquietud. Los acuerdos secretos del Gobierno habían abierto un margen a la fantasía popular que se desbordaba en juicios y comentarios pesimistas para la tranquilidad interior y exterior de España. No es posible sustraerse al ambiente, y así nuestra zozobra subía de punto, de hora en hora, por las mismas razones que aumentaba y se extendía la zozobra general: por la falta de noticias auténticas de la situación y particularmente de lo ocurrido en el Consejo.

El Consejo de ministros había tratado la cuestión internacional... Al salir del Consejo, el conde Romanones se presentó sonriente satisfecho... Otros ministros salían graves y severos, precipitados, esquivos... Pero el conde de Romanones sonreía... Largo los acuerdos del Consejo no habían proporcionado al Conde ninguna contrariedad. ¿Qué había pasado, pues?

¡Oh, la sonrisa del Conde! Los que por razones de nuestro oficio estamos en comunicación constante con los miembros de nuestra política conocemos bien al conde Romanones. Sabemos que sus palabras no le han traicionado nunca. No es orador en el sentido académico, pero Dios siempre lo que quiere y no más. Domina sus palabras pero no sus gestos. Y esta sonrisa, que como una floración de su estado espiritual, asomaba a sus labios después de un Consejo en que se habían tratado cuestiones de tal magnitud para España, nos daba un ligero esbozo de su ánimo.

Hemos seguido una pista segura y al cabo de pocos días podemos dar a nuestros lectores algunos informes interesantes. No diremos que la suerte nos lo ha proporcionado por que en este caso nada debemos a la suerte. Nos hemos valido de nuestros medios y hemos conseguido levantar un poco el telón tras el cual se mueven las figuras.

Podemos asegurar al lector dos cosas: que nuestros informes son verdaderos y seguros, y que el personaje que nos los ha facilitado — cuyo nombre por razones fáciles de comprender no demos dar a la publicidad — figura relevante en nuestro mundo político, interesado en grandes empresas industriales, es por sentimiento y por convicción, partidario entusiasta de la neutralidad de España y tan avaro a las filias como a las fobias ambientales.

¿Qué pasa en Madrid? — le hemos preguntado apenas nos hallamos a solas.

¡Ay, amigo mío! Mucho más de lo que la gente piensa.

¿Porque esta tan contento el conde de Romanones?

Nuestro ilustrado interlocutor esquiva la pregunta y tras una pausa de meditación añade:

— Entiendo que desde el principio de la guerra jamás atravesó España un período tan grave como el que se inicia ahora. Hállase aquí, en nuestro país, un conde norteamericano, Mister S. de quien se asegura que trae la misión de negociar la adquisición de los bancos alemanes refugiados en España. El tonelaje que los aliados quitaron a Holanda está a punto de desaparecer y es necesario a todo trance buscar otros barcos.

— ¿Y el comisionado yanqui ha hecho llegar su demanda al Gobierno?

— La demanda de Mister S. encontró en el Gobierno una oposición terminante, rotunda. Pero he aquí que los últimos hundimientos de barcos españoles han producido una tensión que bien podría favorecer los planes americanos. En el Consejo se discutirá este asunto y se dibujaron inmediatamente dos tendencias, pero parece que quedaron en minoría los que votaban por medidas de atemplanza. Estos, ante el peligro de una crisis, tuvieron que ceder a los que pedían medidas radicales.

— ¿Podría usted decirme cuales eran estas?

— Se ignoran — exclama con una leve sonrisa — pero no es usted el único que las ha interpretado en la sonrisa del conde de Romanones. ¿En la satisfacción de que haya triunfado? Ya sabe usted que un proyecto pregonado por la prensa aliadófila consistía en que por cada barco español torpedeado, el Gobierno se incautara de un barco alemán de los que están refugiados en nuestros puertos.

— ¿De modo que el acuerdo...

— Tal podía haber sido el acuerdo tomado en el Consejo y que si no es ha comunicado todavía al Gobierno alemán se le comunicará en breves días, a menos que entre tanto no sobreviniese un cambio de criterio. Ahora bien, ¿recuerda usted cómo contestó Alemania a esa misma pretensión de Portugal? Pues deduzca usted la consecuencia. Y vea usted — exclama tras un instante de silencio —, como España, sin querer salir de la neutralidad, está en camino de verse complicada en el conflicto.

— ¿Y que otro procedimiento — preguntaba yo — debía seguirse?

La respuesta — me dice — es más sencilla de que se puede imaginar. Ante todo, nada de diplomacia secreta condenada ya por la Historia. Se trata de un problema de vida o de muerte para España y debe obrarse a la luz del día. ¿Nos mandó el marqués de Cortina a Inglaterra para negociar un Convenio de Navegación? ¿No se ultimaron convenios con Francia, Inglaterra y hasta con los Estados Unidos cuando estos contra todo derecho retiraron barcos españoles en sus puertos?

¿Por que, pues, no se ensaya otro tanto con los imperios centrales? ¿Porque se ha de condenar «a priori» toda fórmula de armonía? Ninguna persona de buena fe podrá sostener que Alemania, que lucha casi contra el mundo entero, busque la guerra con España; la inteligencia, por tanto, debe ser factible. Debe haber un camino para armonizar las exigencias del bloqueo submarino con las necesidades de España. ¿No vale la pena de que el Gobierno se esfuerce para buscarlo? ¿No vale la paz de España ésta y todas las molestias? Si también este paso resultase inútil tiempo habría para decir al país toda la verdad y para que el país, con pleno conocimiento de causa pudiera decidir en cuestión para él tan trascendental. Pero nada de pasos irremediables sin agotar antes todos los medios.

Esa es — exclamo yo — la opinión de España entera.

Y esa opinión debe ser ahora, más que nunca, robustecida. No debemos perder tan fácilmente la libre opción pregonada por el actual presidente del Consejo de ministros, que una vez llegados a la ruptura con las Potencias Centrales quedaremos a merced de los aliados los que ciertamente no se conformarán con los barcos alemanes si no que nos pedirán también los nuestros y nuestros soldados después. Tristemente, acabaríamos por ser la segunda edición de Portugal.

— Y usted cree que Maura...

— Maura — dice atajándose mi ilustrado interlocutor — es un gran español, un gran patriota. Es un partidario acérrimo de la neutralidad de España. En Dios y en Maura debemos confiar...

Y tras unos instantes de silencio exclama nuestro ilustre amigo:

— Mucho más podríamos hablar acerca de esto, pero con lo dicho ya hay bastante, por hoy, para ilustrar a la opinión pública. ¡Quita esta de manifiesto y nos aparte del abismo al borde del cual desgraciadamente nos encontramos!...